

BITÁCORA

[SUSPENSIÓN VOCAL: DESIERTO]

Acción de 12 días de duración en la Pampa del Tamarugal

Día -4:

Cuando despierto, el avión está estático en el cielo. Estoy tan cansada que no alcanzo a entender si estoy soñando o si de verdad nos hemos detenido. Un avión paralizado en las alturas es una imagen inesperadamente aterradora. Me toma varios minutos entender que no, no estoy soñando, y que sí, nos estamos moviendo. Allá abajo, el desierto se extiende muy azulado, y la falta de puntos de referencia es la que hace parecer que estamos suspendidos.

Nos avisan que estamos iniciando el aterrizaje en Iquique, pero estamos sobre el mar.

¿El plan es aterrizar en el mar?

El avión hace una maniobra que yo nunca había visto. Da, literalmente, una vuelta de 90 grados a la derecha, orientándose nuevamente hacia el continente, y empieza a descender. La cordillera de la costa se levanta frente a nosotros.

¿El plan es estrellarse contra ella?

Apenas se asoma la tierra bajo el avión, éste azota bruscamente contra la pista de aterrizaje.

El taxi que me lleva a mi hospedaje recorre una carretera franqueada a la derecha por la inmensa duna y a la izquierda por el inmenso mar. La inmensa duna que me separa del desierto que vi desde el cielo. El inmenso mar que me separa de todo lo demás.

Entre mis notas: *“El Desierto de Atacama sobrevoló infinitudes de desiertos para estar allí” – Raúl Zurita*

Día -3:

Voy a saludar al azul. Le cuento lo que ha pasado con mi voz desde la última vez que nos vimos, le pido protección para lo que está por venir.

Aunque llevo casi dos años viviendo en este país, no dejo de ser una extranjera. Estos intercambios con el paisaje son parte de mi proceso de adaptación, territorialización, encariñamiento. Necesito no solo conversar con quienes habitan esta franja de tierra sino con la tierra misma sobre la que estoy parada. No dejo de ser una extranjera y de necesitar guías, mapas y orientación. Por eso, hace unos meses busqué a Natalia Montoya, una brillante y amorosa artista nortina, para conversar sobre este proyecto. Nato me habló de su natal Iquique, me dijo que podría ser un lugar de transición interesante entre mi primer y segunda entrega vocal (mar y desierto). Por eso ahora estoy aquí, rindiéndole cuentas al Pacífico y pidiéndole valor.

Mientras miro su vaivén, advierto que hay una línea, un vector, una pulsión, ¿una voz? que viene desde el horizonte, empujado por las ráfagas que me despeinan; así, llega hasta la costa, donde me encuentra sentada y entonces me atraviesa, justo por el estómago y sale por mi espalda; sigue avanzando hasta cruzar toda la playa y los dos carriles de la carretera; se topa de frente con la gran duna y la sube hasta llegar a la cima. Ahí se me pierde de vista pero estoy segura de que ha bajado por la otra ladera y atravesado la pampa que pronto conoceré; la atraviesa por completo hasta toparse nuevamente con otras cimas, las de los Andes. El ruido de las olas me distrae y pierdo la imagen.

Así, sintiéndome parte del recorrido de una flecha que se prolonga como una infinita pregunta, sabiéndome parte de un impulso de ir hacia el interior (del territorio, de mi cuerpo, de mi voz), miro el sol ponerse lentamente detrás de una enorme franja de nubes.

Día -1:

Re-empaco mi enorme mochila de la mitad del tamaño de mi cuerpo y salgo temprano; me acerco a despedirme del mar, lo toco con la punta de los dedos y le dedico unas últimas palabras cómplices; intento guardarme en el pecho su humedad. Llego a la calle donde me han dicho que salen las micros hacia el interior, las que recorren todos los pueblos entre Iquique y Pica. Ya en camino, zigzagueamos por el cerro, se abre el paisaje bajo el sol. Es un poco brutal, un poco aterrador: Iquique. Desierto desierto desierto. Alto Hospicio. Desierto desierto desierto. Pozo Almonte. Desierto desierto desierto. La Tirana. Es aquí. Me bajo.

La Tirana es un pueblo ubicado en plena pampa del Tamarugal, sitio famoso por la inmensa fiesta patronal que se hace el 16 de julio para la virgen del Carmen. Cerca de 250,000 peregrinos chilenos, bolivianos y peruanos visitan el pueblo durante esos invernales días. Una multitud de más de 250,000 personas llegan cada año con mandas, súplicas, agradecimientos y deseos para la virgen a este pequeño pueblo donde normalmente no viven más de 1,000.

Yo, a la mitad de enero, soy una peregrina que llega demasiado tarde o demasiado temprano a la fiesta. Llego así a un pueblo que se siente (por supuesto, bajo mis ciudadanos parámetros) vacío, silencioso, expectante. Tan expectante como yo.

Fue difícil escoger qué lugar del norte grande iba a elegir para mediar mi encuentro con el desierto. Esa inmensidad que he estudiado tanto a la distancia, a la que le he escrito tantas cartas de anhelo y amor. Aunque ya había escuchado historias sobre este lugar, fue Natalia la que me lo planteó como posibilidad, pues además de estar cerca de Iquique, en momentos de no-fiesta es un buen lugar para estar tranquila e inmersa en la pampa. Indagando más sobre el pueblo me hizo mucho sentido que fuera aquí: a la mitad entre la cordillera y el mar; en un sitio movilizadísimo por el creer, por el peregrinaje, por las peticiones y las promesas. La suspensión vocal, es todo ello: un gesto de entrega, un acto de fe; es hablarle a la inmensidad confiando en que escucha y ponerse a disposición de ella: poner la voz a disposición de ella.

Pedro, a quien le he rentado un pequeño cuarto por las próximas dos semanas, me está esperando en la plaza. Le explico que vine a suspender la voz, que a partir de mañana no podremos hablar más, y lo entienden sin hacer muchas preguntas.

Estoy aquí. Todavía me cuesta entenderlo, pero no tengo tiempo de esperar a que el entendimiento llegue: mañana es el día 0.

Por la noche caigo rendida y duermo más de 12 horas.

Día 0:

Despierto a las 11 de la mañana desorientada. Me visto, desayuno a medias y salgo corriendo de la casa bajo el agresivo sol del medio día. Voy tarde. Si la fe es el centro gravitacional de este lugar, es lo primero que tengo que ver. Desde tres cuadras antes ya se escucha la misa por los inmensos parlantes del exterior de la iglesia. Bajo la cabeza por pura inercia al entrar.

Tiene muchos años que mi relación con el catolicismo laxo con el que crecí, es prácticamente nula. Sin embargo, incluso de niña, siempre hubo algo en el ritual de la misa que me era muy disfrutable. Me gustaban las canciones y el salmo, me gustaba la gente respondiendo en coro; me cautivaba la coreografía, lo escénico de toda la cuestión. Ahora, como performer e investigadora de la voz, encuentro la misa todavía llena de momentos seductores: ese uso tan performativo de la palabra, esas narrativas dramáticas y esa sacralidad de las escrituras. No creo en dios, pero sí creo en la escritura.

Paso el resto de la misa jugando a cambiar la palabra “señor” por “desierto”.

- *Hoy el desierto nos llama a una sincera conversión interior...*
- *Invoquemos juntos la misericordia del desierto, en un momento de silencio, a él le pedimos perdón...*
- *Junto al vino, junto al pan, te ofrecemos hoy desierto, nuestras penas y alegrías para ti...*
- *El tiempo se ha cumplido, el reino del desierto está cerca, conviértanse y crean en la buena noticia...*
- *Al desierto gloria y alabanza por los siglos de los siglos... amén.*

Movilizada por ese rush devoto, vuelvo a casa a preparar todo para la entrega: ropa, cámara, tripie, Tascam, petición. Hoy por la tarde, cuando bajé el sol, toca ir a hacer la ofrenda que sí me corresponde. Hoy empieza la suspensión.

Salgo del pueblo acompañando la carretera por un sendero paralelo especialmente construido para los fieles que llegan caminando a la Tirana durante las fiestas. Pensé que sería un buen lugar para hacer el intercambio, siendo consecuente con la peregrina que soy.

Al llegar frente al sendero, la fuerza del viento me recibe de golpe. En contra de las ráfagas, me echo a andar. A mi izquierda los autos corren en la carretera. A mi derecha el desierto se abre de a poco, las casas empiezan a escasear, las manchas verdes terrosas de los tamarugos son lo único que interrumpe la pampa. Con cada paso me voy poniendo más y más nerviosa. No hay nadie más caminando el sendero, no hay una sola persona alrededor.

El viento no se detiene, me levanta el vestido que traigo puesto, no me deja ver, me lastima los oídos, me llena de polvo. Los nervios se vuelven miedo. El viento insiste. El miedo se vuelve enojo, el destinatario del enojo no lo tengo muy claro.

Después de un par de kilómetros el paisaje se ha abierto como buscaba, como lo imaginé, con la línea de horizonte lejos. No encuentro ningún lugar que me convenza para hacer la entrega; tampoco sé que estoy buscando en realidad. Camino un poco más... Un poco más.... Viento viento viento. Un viento afilado, constante, atroz. ¿Es esta tu voz, desierto? ¿Por qué me grita así, por qué me empuja, me detiene, me desviste? Vine de muy lejos, no lo entiendo.

A mi alrededor aún nadie, nadie, solo autos, camiones, micros. Nadie me sigue ni me amenaza, pero no puedo evitar sentirme vulnerable. ¿Vulnerable a qué? Es al desierto pero no es al desierto, por supuesto. Me da rabia. Sin aviso aparece todo el trauma colectivo de crecer en un contexto en el que caminar sola al lado de la carretera es literalmente la peor idea del mundo. El viento que sopla en mi contra no hace más que confirmarlo: este no es un lugar para ti. Pedro me dijo que era seguro, y le creo. “Esas cosas” que pasan allá (aquí) no ocurren en aquí (allá), pero el cuerpo no entiende de razones. Mi cuerpo, entrenado para no llamar la atención y andar en manada, no entiende de razones. Mi cuerpo, no entrenado para la soledad en esta apertura atroz de la pampa, no entiende de razones. Mi imaginación, que no puede convocar imágenes de mujeres caminando solas en desiertos que no impliquen tragedias, no entiende de razones. Mi voz, que no logra concentrarse en nada más que en aferrarse a la boca de mi estómago, no entiende de razones. Mis planes, que presupuestaron todo en este viaje excepto encontrarse con este miedo de presa tan enraizado, empiezan a desbaratarse frente a mí. Mi cuerpo, que no entiende de razones pero sí de actos de fe, no deja de caminar.

A la distancia, un montón de tamarugos hacen una sombra prometedora. Al acercarme, veo que debajo de uno de los árboles hay un extraño sofá abandonado. Un sofá viejo y roto debajo de la sombra de un tamarugo y cerca de una pequeña animita con un nombre borroso, con una cruz de madera y una figura de angelito enterrada en el suelo. Tiene que ser aquí. Que me disculpe el almita que aquí se honra si estoy siendo irrespetuosa. Que me perdone el sofá si tiene dueño y el árbol si llegué sin saludar. Estoy muerta de susto, necesito su compañía.

Instalo la cámara sobre el tripié al que le tengo que amarrar una bolsa llena de piedras para que no lo tire el viento que no da tregua. Tomo algunas fotos, empiezo a grabar, saco mi libreta con la Petición, me siento en el sofá. Respiro. No empiezo a leer hasta lograr calmar la respiración. Leo la Petición temblorosa como estoy, no puedo evitarlo. La leo alto, bien alto, intentando que la voz al liberarse, libere algo de mi terror. La leo alto, la pampa tiene que escucharme a pesar del viento.

Y termino: *“desierto, esta es mi voz, ojalá pronto no lo sea”*.

Respiro una vez más. Levanto la mirada para ver el árbol que refugió el momento en que la voz me ha sido arrancada de tajo, sin ningún tipo de delicadeza ni duda. En su hermosura, por un segundo, me siento segura. Guardo mis cosas tan rápido como puedo y emprendo el caminar de vuelta. Llorando sin parar, por supuesto.

Entre mis notas: *“El paisaje no es la evasión sino el encuentro, cada uno con su voz” – Beatriz Vallejos.*

Día 1:

Me levanto tarde, otra vez. Anoche llegué a mi habitación en un estado de trance que no logro sacudirme. No entiendo aún qué fue lo que pasó.

Paso toda la mañana y el medio día escribiendo: correos, mensajes, seriedades, tonterías... bitácoras. Esta bitácora. Solo escribir la entrada anterior me hace confirmar que no lo inventé: que efectivamente estuve así de asustada y así de avergonzada por ello; que la voz se había ofrecido, que el desierto la había tomado y ahora estábamos así, en una conversación que empezó a los gritos. Creo que debería buscar formas de enmendar ese comienzo.

Para las 17:00 de la tarde he logrado transformar el trance en determinación y salgo a recorrer el pueblo para escuchar y grabar algunos de sus sonidos. Paseo sin rumbo fijo por las calles que rodean la plaza, me detengo a registrar el ahora conocido viento vespertino que se mete por las grietas de los portones de lámina. Aprendo que la voz de la Tirana es así: una sutil orquesta de metales mezclada con ladridos de perros, uno que otro coche circulando y el sonido de mis propios pasos, nada más. La voz de la Tirana es así y por eso no hablo de silencio. En esta parte del desierto, en realidad, hay muy poco silencio. El viento hace que cada material hable, la arquitectura del lugar se vuelve un instrumento de viento. Solo dos veces me cruzo con algún vecino, que me da las buenas tardes bajito sin recibir una respuesta ni ofenderse por ello. La ausencia de mi voz cae entonces sin ningún problema en este lugar, más raro sería decir cualquier cosa, interrumpir esta sonoridad que se siente tan instalada. ¿Cómo hacer de mi cuerpo un instrumento de viento distinto?, uno que pueda cantar en las ventiscas sin ponerse a llorar; uno que sepa componer, con los perros y las láminas, alguna suerte de sinfonía.

Durante la noche me escribo con Gonzalo y le confieso que he asustada todo el rato. Él me consuela con 11 minutos de notas de voz.

Entre mis notas: *“¿Cómo se ve la soledad?”*

Día 3:

Hoy visité las antiguas salitreras de Humberston y Santa Laura. Tan hermosas en su ruina, tan terribles en sus fantasmas, tan potentes en sus historias. Me siento extrañamente conmovida por su abandono, las recorro sin prisa durante horas.

El camino que conecta una salitrera con otra es un sendero de terracería. Mientras lo caminaba, pensaba en el día 0, era un sendero muy distinto pero algo se le parecía: estaba nuevamente sola, nuevamente en contra de la brutalidad del viento. Esta vez, sin la presión de la entrega de la voz ni la paranoia de ser raptada por los autos que ahora pasan muy lejos de aquí; sin tanto ego de mi parte y menos desconcertada por la avasalladora lengua del paisaje, pude tener otro tipo de ideas, de sensaciones. Ya no sentí rabia, aunque todavía se asomaba la impaciencia. En mi contemplación, aparecía algo de lucidez.

Pensé:

1. El desierto es tan digno que poco deja que se le mire de frente. Entre las ráfagas y el sol y el cansancio y el polvo en los ojos, uno se ve obligado a bajar la mirada. El desierto te agacha la cabeza para que mires tus pies, para que pongas atención en cómo lo estás pisando y en que quizá no deberías.
2. El desierto odia la verticalidad y está determinado en aplanar todo a punta de viento. Odia todo lo que se erige, y cuida a todo lo que se arrastra, todo lo que yace, lo que se entierra. El desierto es partidario de la horizontalidad. Si yo me echara en el piso ahora mismo quizá el viento me acariciaría la espalda en vez de golpearme el rostro. Hay una inmensa lección sobre el valor de la erosión, sobre la fuerza de insistir por millones de años en no levantarse por encima de nada.
3. Es una tontería intentar “generizar” lo que no opera en nuestros binarismos pero no puedo evitar pensar, a partir de las dos ideas anteriores, y a pesar y a propósito de que éste ha sido un sitio habitado y explotado históricamente por hombres (soldados, obreros, mineros, militares, científicos)... que quizá el desierto lo que tiene es una indómita energía femenina.

Entre mis notas, el fragmento de una entrevista: *“¿Crees que hay alguna relación entre la mujer y el desierto? ¿Cuál podría ser? - Sí, que ambos han visto tantas cosas y muchas de éstas quedan solo en silencio.”*

Día 4:

Hoy nada. Contemplar el techo y las paredes. Intentar escribir, intentar pensar. Nada. Salir a la calle. No encontrarse a nadie. Nada. Ni siquiera la voluntad de quejarse, ni la más mínima nostalgia por la voz. Me arden los hombros de la insolada que me di ayer y solo puedo acostarme boca abajo. Llora para tener algo de qué cansarme y quedarme dormida. Llora (boca abajo).

Entre mis notas: *Nada*

Día 6:

Hoy, por fin, pasó algo nuevo. Hoy el paisaje me dejó pensarlo.

Llevaba varios días intentando imaginar acciones o gestos que pudiera hacer y registrar como parte del proceso de este habitar. Por un lado, porque se lo prometí al PECDA; yo le prometí al desierto mi voz, y al PECDA una exposición individual a cambio de los fondos necesarios para traerme hasta aquí. Pero por otro lado, porque lo necesito: necesito comunicarme mejor con quien me hospeda.

Tenía algunas imágenes en la cabeza que me rondaban en mi ratitos más lúcidos pero todas eran o muy difusas o imposibles de hacer bajo las condiciones de posibilidad que están ahora a mi alcance: gestos y acciones que pudiera componer yo sola, con mi cámara, mi tripie, mi grabadora de audio, mis libretas, estas dos manos y ninguna voz. Me imaginaba caminando en medio de la carretera mientras los autos pasaban fugaces junto a mí, me imaginaba tomando por asalto al coro de la iglesia y soplando en sus micrófonos una demencial canción de viento que sonara en todo el pueblo; imaginaba que salía a la plaza central a medio día y trepándome en una escalera gigantesca, levantaba el brazo con mi Tascam al aire, intentando registrar el sonido del sol; me imaginaba llevándome hasta Xalapa cientos de miles de ramas espinosas de tamarugos y tapizar con ellas todos los muros de Local. Pero en mis ratos menos lúcidos, que habían sido la mayoría, no podía imaginar nada.

Toda la mañana estuve arrancando hojas de papel de mis libretas y pensando en torno a ellas y a un ensayo hermoso de una autora llamada Gabriela Milei. En él, juega con las filiaciones etimológicas de las palabras país, página y paisaje; piensa en la materialidad cruda de la voz; y habla de la pampa también, de la lengua y la escritura apaisada: *“Su ‘muy mucha lengua enmohecida’ se destierra, se apaisa en la página, en un trance singular donde la boca se abre como la pampa en la que suena, junto al viento, la paja, el salitre, la piedra”*, dice Gabriela. Veo mis páginas en blanco sobre el suelo. Mis páginas blancas e infinitas como el desierto.

Espero a que baje el sol y salgo con mis bocetos, mis hojas en blanco y mi cámara en la mochila. Camino, como el día 0, hacia la carretera y contra el viento, que ya no me toma por sorpresa pues lo reconozco como parte del desierto y por lo tanto parte de mí. Sigo teniendo miedo, pero esta vez no permito que el miedo me apesure. Grabo algunos juegos con mi cuerpo, mis páginas y el viento, que por primera vez logro recibir con agradecimiento mientras hace danzar mi pelo y mi ropa. Las horas pasan con liviandad.

Voy cediendo, un poquito, apaisándome, un poquito, abriéndome, un poquito, como la pampa.

Día 8:

Dejo la Tirana para pasar el día de hoy y mañana en Pica. Es la última parada en esa cadenita de pueblos que las micros conectan desde la costa. Pica es, literalmente, un oasis en el desierto. Se cultivan frutas y cítricos en toda la región. Los árboles verdísimos que empiezan a aparecer en el horizonte y los pozos de agua que sé con certeza que están debajo de mis pies, son un enorme consuelo.

Mientras floto boca arriba en la pequeña alberca rodeada de pasto sintético del pequeño hotel que he reservado por la noche, pienso en lo distinta que es esta soledad respecto a otras que he habitado en mi vida. Sé que la única razón por la que he podido atravesarla más o menos cuerda (con énfasis en el “menos”) es solo porque sé que es temporal. Aun así, eso no le quita su contundencia, lo definitiva que a veces se siente. La ausencia de voz me aísla de los poquísimos seres humanos con los que me encuentro y la compañía del paisaje no dejo de percibirla, cuando menos, como un desdén respetuoso. Que ya me haya acostumbrado a esta energía esquiva no quiere decir que deje de ser dolorosa, que ponga todos mis esfuerzos en sentirme contenida por esta fuerza desértica no quiere decir que lo logre.

Antes de llegar acá leí mucho sobre el desierto, quizá demasiado. Muchas de esas lecturas reflexionaban en torno al desierto como purgatorio, como lugar en el que se viene a renunciar a todo lo accesorio, buscando en esa renuncia, lo sagrado. La suspensión vocal tiene algo de eso también; no porque la voz me sobre o sea un lujo, tampoco porque venga buscando el sufrimiento, pero sí sintiendo que esta renuncia voluntaria me conecta de forma necesariamente distinta con el mundo. Una forma que ahora llega a pasar por el extravío, el desencuentro, la angustia, el dolor, y que en esa decisión hay también un valor. Experimentar esta filosa soledad, tiene un valor. Entre todas esas cosas que leí pensando que iban a prepararme para esto, está un fragmento de Cynthia Cruz: *“Se desciende al desierto para evadir la cacofonía y las cosas del mundo. El hambre y el ayuno, como el desierto, son también metáforas: al controlar lo que uno pone en su cuerpo, está haciendo lo que hicieron los santos del desierto, seleccionando cuidadosamente su consumo del mundo.”*

Ninguna de mis lecturas pudo haberme anticipado lo que sería esta “evasión de la cacofonía y las cosas del mundo”; pero ahora que estoy aquí, mentiría si dijera que no me acompañan, que no le dan de beber a mi deshidratada soledad. Entre mi colección de notas y fragmentos, y el atardecer precioso que me toca ver en este oasis, me siento ligeramente más cerca de entender sobre consumos cuidadosos de lo que me rodea.

Día 10:

Durante el medio día por fin me armo del valor suficiente para revisar los videos de los juegos con el viento que hice la semana pasada. Había vuelto tan triunfante que no me había animado a verlos y arriesgarme a comprobar que no habían salido bien. Y así es, están desenfocados: todos y cada uno de ellos. Es demasiado complicado hacer un registro decente sola y bajo las condiciones del sendero. Con una mezcla entre resignación y valentía, decido salir por la tarde a grabarlos otra vez.

Otra vez, un viento insoportable, que en esta ocasión se luce trayendo consigo una leve tormenta de arena.

Otra vez, el tripie tembloroso.

Otra vez, el polvo en los ojos.

Otra vez.

La suspensión vocal no solo es un acto de fe, es una práctica. El valor de la suspensión está en el gesto de entrega pero también en el perseverar; en la *repetición con diferencia* entre un día y otro, entre una suspensión y otra; en las horas de lectura antes de y las horas de escritura después de, en las horas y horas y horas de trabajo minucioso de escoger las palabras y las imágenes correctas para intentar explicar, a los demás, al desierto y a mí misma, lo que estoy buscando. Instalar una práctica vocal-corporal que exceda la categoría de "obra", ensayar una forma de investigar y por lo tanto, de vivir. Entre mis notas, la poeta Emmalea Russo: "*El desierto, este lugar de formación de palabra, de lenguaje llegando a ser*". Eso quiero, eso intento: convocar lenguajes que lentamente llegan a ser.

Voy al sendero otra vez, le doy cara al viento otra vez, grabo los videos otra vez.

Este esfuerzo es premiado a mi regreso con una luna llena hermosa, como si el desierto se apiadara de los necios esfuerzos.

Día 11:

Hoy es el último día antes de la recuperación de la voz y tengo la intención de aprovecharlo lo más posible a pesar de la casi nula energía que me queda en el cuerpo. Salgo a caminar desde muy temprano.

Cuando el sol ya estaba en su punto más alto, un hombre en una camioneta se detiene junto a mí: “¿A dónde la llevo?”, me pregunta, con una sonrisa burlona. Yo, que vengo con audífonos puestos, y al límite de mi paciencia, apenas le dedico una mirada y sigo mi camino. El hombre me alcanza de nuevo, su sonrisa se ha ido: “Cuando le ofrezco un favor lo mínimo que merezco es una respuesta”. Le dedico una mirada aún más breve, le digo que no con la cabeza y con un gesto de la mano mientras camino. Me alcanza una tercera vez, más molesto. La música de mis audífonos no me permite escuchar bien lo que me dice, y solo alcanzo a entender partes de su reproche: “problema”, “actitud”, “cuando te hablo”, “otra gente”, “sola”, “deberías tener cuidado”. Cuando se da cuenta de que no va a sacarme ni una sola palabra, me dedica una última mirada de incredulidad mezclada con desprecio y arranca con velocidad.

Después de volver a la casa ya no logro salir. El patético regaño ha logrado arruinarme el día. No importa que yo dedique mi vida entera a nutrir las potencias y la agencia de mi cuerpo, no hay poesía que me blinde de esto, de nada.

((Quiero ser un hombre artista para que me dejen trabajar en paz.))

((Quiero ser un hombre artista para que me dejen trabajar en paz.))

((Quiero ser un hombre artista para que me dejen trabajar en paz.))

Ahora soy yo la que se siente patética. Quería hacer unos últimos ejercicios in situ para los que ya no encuentro ningún ánimo. Solo quiero que esto termine.

Pienso en mi relación con el fracaso, con el eterno “pude haber hecho más”. Cuando pierdo la calma y la ternura para con mi práctica, pasa que creer en las posibilidades expansivas del cuerpo se me traduce con brusquedad a un “te quedaste corta, pudiste haber hecho más”... ¿Y realmente pude? Hoy me hace mejor pensar que no, que *esto es todo*, estos son mis límites: esto es lo que puedo darte, desierto, no más. No hoy, no ahora. La fragilidad, la soledad, el viento, el calor, la inmensidad, la lentitud, la hostilidad me han desgastado lo suficiente.

En mis notas, una frase de mi amigo Carlos Arroyo: *“Brotarán en terrenos hostiles desdobles de vulnerabilidad, donde florecen brutales relatos de crisis y proliferación”.*

Día 12:

Después de un remolino, los granitos de arena que habían sido levantados por los aires y agitados contra su voluntad, caen nuevamente en su lugar: en su nuevo lugar.

Anoche, después de la tormenta de arena que hice en el interior de mi pequeña habitación, los sentires y los pensares y los querereres y los sospechareres y los terrores y los tambores se asentaron también. Decidí que no esperaré hasta el atardecer para ir a recuperar mi voz, sino a primera hora de la mañana. Decidí que necesitaba consuelo y lo necesitaba ahora, y que no iba a lamentarme por ello. Encontrar el permeable pero visible borde de mi umbral de aprendizaje es uno de los acontecimientos más importantes de este ejercicio: saber cuándo detenerse, dejar de escribir, volver a casa. Al conversar con las lenguas del desierto, con sus erosiones e insistencias milenarias, han salido a la luz los alcances de las mías, de mis propias fuerzas y mis dignas fragilidades.

A las 8:30 estaba ya sentada bajo la sombra del tamarugo.
A esa hora el viento es apenas una brisa y el sol no llega aún a morder.

Con esas inesperadas condiciones de tregua, camino alrededor del sitio de entrega de la voz, lo observo con atención, me tomo mi tiempo; toco con la punta de los dedos las espinas del tamarugo y la aspereza de su tronco; bajo mis manos hacia el suelo, lo ausculto, veo con detenimiento la sombra del árbol que se dibuja sobre él; escucho los autos pasar, escucho el silencio entre medio y mi propia respiración; observo la línea de horizonte, la cordillera de la costa a lo lejos, la cordillera de los Andes del otro lado, me reconozco en su paréntesis, en su pampa, en su esternón; me recuesto en el sillón abandonado y dejo que los granitos de arena del torbellino de los últimos 12 días caigan sobre mi rostro.

Con esa inesperada suavidad, permito que una voz llene mi garganta.

(...)

Cuando abro la boca para dar las gracias, esa voz inunda todo mi cuerpo de una placentera humedad, de un celebratorio alivio.

Los susurros han terminado, una voz llena se hace presente, en su humedad recupero mi hogar, y en su resonancia, mi fe. Camino liviana por el sendero que ya no me asusta.

Gracias desierto por el favor concedido.

Día 12+1:

Salgo de la casa sin hacer ruido. Le dejo a Pedro un mensaje avisándole que partí, que le dejé las sábanas dobladas, las llaves sobre la mesita de noche y mi entereza echa bolita en un rincón. Camino a tomar la micro, me encuentro con un vecino con el que me había cruzado antes varias veces.

- “Yo ya imaginaba que usted no era de por acá”, me dice al verme cargada de cosas.
- “No, ahora salgo para Pozo”, le contesto.
- “Ah ya, ¿y luego para dónde?”.

Día 12+35:

Y luego para Calama, donde me junté con Gonzalo, y luego para San Pedro, donde conocimos otras caras del desierto, y luego para La Serena, donde nos reencontramos con el mar, y luego para Santiago donde intenté organizar todo el material que me traje dentro y fuera del cuerpo, y luego para Ciudad de México donde mi madre fue a recibirme al aeropuerto, y luego para Xalapa, donde ahora escribo estas líneas, incrédula de que en dos semanas esta bitácora será abierta de par en par a un montón de desconocidos. En dos semanas esta experiencia vital será compartida y expuesta, en el corazón de la ciudad neblina, que igual que yo, nunca había visto un desierto antes; que está a 5,333 kilómetros del tamarugo que resguardó mi voz suspendida, esa que sonó por primera vez aquí.

Traer de vuelta esta voz, ahora atravesada por el viento nortino, me significa de formas que todavía me cuesta explicar con claridad. Sé que aparece algo, nuevamente, sobre cumplir promesas, sobre abrumarse de gratitud, sobre traer una ofrenda preciosa y ponerla a los pies de aquello que se ama. Yo amo *aquí*; y a este *aquí* le debo mucho. Y a esa deuda impagable hoy decido abonar este segundo ejercicio de suspensión, que tiene mucho y a la vez nada que ver con lo que está desplegado en estos muros.

La horizontalidad de los papeles piensa en la horizontalidad de la pampa, sin poder imitarla jamás; la erosión hasta el borramiento en el libro de Val Flores recuerda el desgaste hasta el silencio de mi propia lengua; las frases subrayadas en las páginas de Letelier piensan en el triunfo del paisaje sobre todo tipo de narrativa humana; las dos fotografías no logran contarles sobre la ansiedad con la que fueron capturadas; en los pequeños frutos de tamarugo que llegaron escondidos en mi maleta deposito el recuerdo de ellos en las ramas de esos árboles, que fueron los únicos verdaderos testigos de lo que pasó. Todo este despliegue objetual, textual y performativo tiene todo y nada que ver con la suspensión, y con el estado actual de mi voz en su retorno.

Hoy, en el día 35 después de haberla recuperado, entiendo un poco mejor sus heridas y desgastes, sus fragilidades y valentías. La suspensión vocal es una forma de conocer y conocerse; es una práctica investigativa y un salto al vacío; una fantasía delirante que se vive desde la realidad más concreta y cotidiana. Creo, solo creo, que poco a poco voy entendiendo.

Vuelvo a casa todavía con arena en las botas y el silbido del viento pampino aún en los oídos. De eso sí que estoy segura.